





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2014, Ana Carlota González

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-799-3

Derechos de autor: 044560

Depósito legal: 005182

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Junio 2014

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Junio 2017

Quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Jaime Hidalgo Maldonado

Actividades: Francesca Ayala

Corrección de estilo: Alejo Romano

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# Blanca a secas y otros cuentos

Ana Carlota González

Muestra  
promocional

Prohibida  
su venta

© Santillana



loqueleto



*Para Mateo,  
¡bienvenido al mundo!*

# Índice

Muestra  
promocional

Prohibida  
su venta

© Santillana

Blanca a secas .....	11
Música en el corazón .....	27
La bayeta roja .....	45
Perdido y abandonado .....	61
Memorias de la bisabuela .....	75
La manga vacía .....	97
Sucedió en agosto .....	119
El fantasma de la cocina .....	131
Biografía .....	143
Cuaderno de actividades .....	145

## Blanca a secas



—Su nombre es Blanca. No es María Blanca ni Blanca María, es Blanca solamente. Se llama Blanca, como yo. 11

Mi abuela sonrió y le dio la mano a la profesora que nos había recibido en la escuela. Se limpió la cara con un pañuelo, acomodó la chalina que traía sobre sus hombros y me haló de la mano para seguir a la maestra, que comenzó a caminar frente a nosotras.

Nos acercamos a su escritorio, pero, cuando ella le dio unos papeles que debía llenar y firmar para matricularme, mi abuela se los devolvió.

—Por favor, llénelos usted, señorita, yo no sé leer ni escribir.

Nos sentamos en una banca junto a la pared a esperar a que la maestra escribiera mis datos.

De vez en cuando ella paraba, levantaba la vista y preguntaba algo.

—¿Fecha de nacimiento? ¿Dirección domiciliaria? ¿Nombre de los padres?

Mi abuela le explicó que mis padres vivían lejos y que yo había estado a su cargo desde que nací.

12 Después de escribir por varios minutos, la maestra metió el bolígrafo en un cajón, sacó una almohadilla con tinta, pintó el pulgar de mi abuela con una pasta negra, y le hizo poner la huella del dedo en la parte de abajo del papel, donde debía ir la firma del apoderado.

—¿Por qué no vive la niña con sus padres?  
—preguntó la maestra cuando terminó de llenar los datos.

—Cuenta la historia de cuando yo nací, Mamita Blanca.

—¿Otra vez, Blanquita? Ya te la he contado docenas de veces —exclamó mi abuela.

—Pero me dijo que usted no se cansa de contarla, y yo tampoco me canso de escucharla.

—La señorita no tiene tiempo. Tiene cosas más importantes que hacer.

—No, señora —respondió la maestra—. Es muy importante para mí saber de la vida de mis alumnas.

—Bueno, si usted lo pide, se la cuento, pero ¿tiene tiempo? Porque es larga.

Cuando la maestra dijo que sí, mi abuela empezó a hablar con voz fuerte. De vez en cuando suspiraba y paraba, como si le faltara el aire.

—Blanquita nació una tarde oscura de invierno, de esas en que la llovizna cae sin parar y las gentes de Cuenca se envuelven en sus chalinillas y ponchos, se meten en las casas a tomar canelazos para el frío y atrancan la puerta para que no entre ni el gato. El novio de mi hija se había ido a trabajar a España unos meses antes, y cada día supimos menos de él. Al principio llamaba por teléfono todas las semanas, después una vez al mes, hasta que dejó de llamar.

—Después, mi papá se olvidaba hasta de saludarme para mi cumpleaños o por Navidad. Y

hasta ahora seguimos esperando que llegue en un avión a Quito y que venga a Cuenca para conocerme. Nunca lo he visto, solo lo conozco en fotos —dije.

14 —En el Azuay, muchos niños no nacían en el hospital. A veces iba la comadrona a las casas, pero ese día estaba atendiendo otro parto. Afortunadamente, yo sabía lo que tenía que hacer, porque no era la primera vez que ayudaba en un parto —continuó Mamá Blanca—. Esa noche ni me acosté. Hacía mucho frío y velé hasta la madrugada, sentada en una banquita junto a la cama. Toda la noche estuve al lado de mi hija. Ella era jovencita, solamente tenía dieciséis años. La acompañé, le puse compresas de agua salada en la espalda y recé rosario tras rosario, pidiendo que todo saliera bien.

»Cuando por fin nació Blanquita, de madrugada, yo la recibí, la envolví en pañales y corté el cordón que la unía a su mamá. Mi hija se durmió, agotada. La cuidé por cuarenta días, alimentándola con caldo y curándola con infusiones de tilo y manzanilla, de matico, tisana, menta y otras

hierbas que sembraba en el patio de la misma casa en que vivimos la niña y yo ahora. A veces iba a buscar las hierbas al monte y las traía en una chalina que me amarraba a la espalda.

»Maté las mejores gallinas para hacer el caldo que la puso fuerte otra vez. Le abrigaba la espalda con una cobija y le daba agua de píti-mas para que tuviera mucha leche para alimentar a la niña. A Blanquita le pusimos un cordón rojo en el brazo para que no la ojearan y colgamos una cruz en la puerta de la casa, para que nunca le pasara nada malo.

—Cuéntenos la parte del pollo con plumas —le pedí.

—Parecías un pollo hervido con plumas cuando naciste —se reía mi abuela—. Eras colorada y tan pequeña que cabías en una caja de zapatos. Te envolví en algodones y te puse en la cocina, al lado del fogón, para que no tuvieras frío.

»Nadie daba ni medio por ti: fuiste sietemesina, y tan chiquita que pensaban que no vivirías, que eras un angelito que volaría al cielo cualquier noche fría, porque no pesabas ni tres

libras —añadió—. Tu mamá y yo nos turnábamos día y noche para cuidarte. No sé si fue por eso, o porque era de ser, pero viviste y creciste, y te hiciste linda.

16 «Y después, tu mamá, cansada de esperar a tu papá, que nunca volvió a buscarla, se casó, y también se fue lejos con su marido. Ella tuvo otros hijos y, aunque te amaba con todo el corazón, te dejó conmigo —continuó mi abuela—. Ella sabía cuánto te quería y cómo te cuidaría. Fuiste para mí un regalo de Dios, mi compañerita, mi razón de vivir.

«Y usted, la mía, abuelita», quería decirle yo, sentada en sus rodillas, sobre su ancha pollera colorada, pero todavía no sabía cómo decirlo, no conocía las palabras. Solo me acurruqué en su regazo y le apreté la mano.

Mi abuela hablaba, y la maestra sonreía.

—Tienes mucha suerte —me dijo—. Tu abuelita es una mujer extraordinaria.

—Hago lo que puedo, señorita. Yo nunca fui a la escuela, pero la vida me ha enseñado mu-

chas cosas, y, más que nada, a distinguir lo importante de lo que no lo es.

La maestra se levantó y nos acompañó a la puerta.

—Aquí estamos, señora Blanca, para lo que se le ofrezca. La niña va a estar muy bien en la escuela.

Mi abuela volvió a estrechar su mano y, antes de salir, la abrazó.

Mamá Blanca me crio y me cuidó hasta que fui grande. Han pasado dieciséis años desde ese día en que me matriculó en la escuela por primera vez. Ya he crecido y soy una mujer, y muchas veces cierro los ojos y pienso en ella.

Recuerdo apenas, casi como un sueño, cuando me cargaba a la espalda, envuelta en su chalina. Mis manos jugueteaban con sus trenzas hiladas de plata, como noche cortada por estrellas fugaces. Parece que huelo las tortillas de maíz, el hornado y el vapor dulce de los chumales que preparaba en nuestra cocina y vendía en el mercado.

En cuanto aprendí a andar, me llevó a su puesto de comidas. Yo le pasaba los platos de hierro enlozado para que pusiera el mote pillo, las papas con cuchicara, las cascaritas de chancho y el ají con cebollas en los platos de los clientes. Mucha gente comía ahí y nunca faltaba un plato para el que tenía hambre.

18 —Su hornado es el mejor de Cuenca, Mamá Blanquita.

—¿Quiere otro platito? —preguntaba ella—. Coma otro poquito, 'ño Floresmilo. Está muy flaco. ¿Qué va a decir la gente? ¡Que no le doy bien de comer!

—Ya no me entra ni una cucharada más —contestaba don Floresmilo, soltándose un hueco de la correa—. Me sirvió bastante mote, pero deme una cucharita más de arroz y una tortillita de maíz.

—Eso, eso, 'ño Floresmilo. Coma sin vergüenza, y tómese también una agüita de rosero.

A los seis años me matriculó en la escuela. Compró el mandilito blanco y un carril de madera para que guardara el cuaderno de caligra-

fía, un silabario y el lápiz con que aprendí a escribir mi nombre.

Caminamos de la mano a la escuela. Yo estaba un poco asustada.

—Quiero quedarme con usted vendiendo comida, Mamá Blanca —le dije.

—Pero yo quiero que estudies y que seas una señorita para que no tengas que trabajar tan duro como yo. Nuestro nombre es Blanca, pero somos morenas.

Se arremangaba el saco y trenzaba sus dedos con los míos, acariciando mis manos suaves de niña con las suyas, ásperas por el trabajo.

—Morenas como el café —decía yo.

—Fuertes como la guadúa —añadía ella—. El viento la dobla, pero nunca la tuerce ni la quiebra.

Un sábado de madrugada la acompañé a su puesto del mercado. Un hombre vestido de terno y corbata llegó a media mañana con una carta.

—Firme aquí —ordenó.

—No sé firmar —exclamó mi abuela.

—Entonces ponga el dedo —replicó, impaciente.

Mi abuela se embadurnó el dedo con tinta y lo puso en el cuaderno que traía el hombre. Después de que se fue, le dio la carta a la comadre Clemencia para que se la leyera.

20 —Dice que el padre reclama a la niña —leyó la comadre muy despacio—. Dice que usted es una campesina analfabeta, que es vieja y que no es capaz de educar a una criatura ni de darle las comodidades que ella se merece. Se la quiere llevar a España. Y dice también que él y su mujer no tienen hijos.

—Jesús, María y José. ¿Eso dice? —exclamó Mamá Blanca—. Si la Blanquita tiene aquí de todo y es feliz conmigo. ¿Por qué se la quiere llevar? Si no le falta nada.

—Parece que él y su mujer no pueden tener hijos —explicó la comadre Clemencia—. Por eso se quieren llevar a la Blanquita.

Presintiendo que pasaba algo malo, me puse a llorar. Al día siguiente, mi abuela fue a la escuela y habló con la profesora. A partir de ese

momento me fue a buscar todas las tardes a la hora de salida y nos quedábamos las tres: ella, la maestra y yo, encerradas en el salón después de que terminaban las clases.

Cuando acabábamos, llevábamos a la casa el silabario y dos cuadernos en lugar de uno. Merendábamos y hacíamos dos planas de letras. Más tarde leíamos unas páginas del libro y nos tomábamos la lección la una a la otra.

Después de que aprendimos a leer de corrido, leímos los cuentos de un libro que nos había prestado mi maestra. Mamá Blanca desenchufó la televisión, la cubrió con una sábana y quedó así, tapada, por mucho tiempo.

Mi abuela siguió yendo a la escuela en las tardes, y en las noches, después de que me había acostado, leía hasta que la vencía el cansancio.

—Si no tuviera que madrugar a cocinar, me habría quedado toda la noche leyendo; este libro es emocionante —decía en la mañana, mientras peinaba mis trenzas con una peinilla de hueso.